



Meyibó

REVISTA DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS-UABC

AÑO 6, NÚM. 12, JULIO-DICIEMBRE DE 2016

Meyibó vocablo de la lengua cochimí, hablada antiguamente en la península de California. El jesuita Miguel del Barco (1706-1790) refiere que los cochimíes la usaban para designar la temporada de pitahayas ("principal cosecha de los indios, excelente fruta, digna de los mayores monarcas") y, por extensión, al tiempo bueno de cosecha o periodo en que el sol es favorable a gratos quehaceres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
Instituto de Investigaciones Históricas
Tijuana, Baja California, México





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández
Rector

Dr. Alfonso Vega López
Secretario general

Dra. Blanca Rosa García Rivera
Vicerrectora Campus Ensenada

Dr. Ángel Norzagaray Norzagaray
Vicerrector Campus Mexicali

Dra. María Eugenia Pérez Morales
Vicerrectora Campus Tijuana

Dr. Hugo Edgardo Méndez Fierros
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional

Dr. Rogelio Everth Ruiz Ríos
Director del Instituto de Investigaciones Históricas



CONSEJO EDITORIAL

- IGNACIO ALMADA El Colegio de Sonora
 SALVADOR BERNABÉU Escuela de Estudios Hispano-Americanos,
 Sevilla, España
 MANUEL CEBALLOS El Colegio de la Frontera Norte, Tamaulipas
 MARIO CERUTTI Universidad Autónoma de Nuevo León,
 Facultad de Economía
 PAUL GANSTER San Diego State University
 Institute for Regional Studies of the Californias
 EVELYN HU-DE HART Brown University History Department
 MIGUEL LEÓN-PORTILLA UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas
 CARLOS MARICHAL El Colegio de México
 DAVID PIÑERA Universidad Autónoma de Baja California,
 Instituto de Investigaciones Históricas
 CYNTHIA RADDING University of North Carolina,
 Department of History
 BÁRBARA O. REYES The University of New Mexico,
 Department of History
 MIGUEL ÁNGEL SORROCHE Universidad de Granada, España
 MARCELA TERRAZAS Y BASANTE UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas

DIRECTORES

Héctor Mejorado de la Torre
 Marco Antonio Samaniego López

COMITÉ EDITORIAL

- HILARIE J. HEATH Universidad Autónoma de Baja California,
 Facultad de Ciencias Administrativas
 MARIO ALBERTO MAGANA Universidad Autónoma de Baja California,
 Instituto de Investigaciones Culturales
 MARTHA ORTEGA SOTO Universidad Autónoma Metropolitana,
 Unidad Iztapalapa
 ROSA ELBA RODRÍGUEZ TOMP Universidad Autónoma de Baja California Sur
 JUAN MANUEL ROMERO GIL Universidad de Sonora
 LAWRENCE D. TAYLOR El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana
 DENÍ TREJO BARAJAS Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo,
 Instituto de Investigaciones Históricas
 CARLOS MANUEL VALDEZ DÁVILA Universidad Autónoma de Coahuila



COMITÉ EDITORIAL INTERNO
Norma del Carmen Cruz González, José Alfredo Gómez Estrada,
Lucila del Carmen León Velasco, Ramiro Jaimes Martínez,
Antonio de Jesús Padilla Corona, Rogelio Everth Ruiz Ríos, Catalina Velázquez Morales

EDITOR: Marco Antonio Samaniego López.
FORMACIÓN Y DISEÑO DE INTERIORES: Paulina Wong Hernández.

Meyibó. Revista del Instituto de Investigaciones Históricas, Año 6, Núm. 12, julio-diciembre de 2016, es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Baja California, a través del Instituto de Investigaciones Históricas. Calzada Universidad 14418. Parque Industrial Internacional. Tijuana, Baja California, México. C.P. 22390. Teléfono y fax: (664) 682-1696, meyibo.colaboraciones@gmail.com, www.iih.tij.uabc.mx/index.php. Editor responsable: Marco Antonio Samaniego López. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2014-031218020000-102, otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor; ISSN 0187-702X. Certificado de licitud de título y contenido en trámite. Impresa por RR Servicios Editoriales, José María Larroque 1475, col. Nueva, C.P. 21100, Mexicali, Baja California, tel. (686) 582-2825. Este número se terminó de imprimir en febrero de 2017, con un tiraje de 300 ejemplares.

Los artículos firmados son responsabilidad de su autor.

Se autoriza la reproducción total o parcial de los materiales publicados, siempre y cuando se cite la fuente.

Revista *Meyibó*
[temporada de cosecha]

AÑO 6, NÚM. 12, JULIO-DICIEMBRE DE 2016

CONTENIDO

ARTÍCULOS

- 7** Formas emergentes de cooperativismo en poblaciones pesqueras impactadas por el Plan Integral Hídrico de Tabasco (PIHT)
PABLO MARÍN OLÁN
- 39** La fabricación de un discurso histórico institucional: Los cronistas jesuitas de la Antigua California (siglo XVIII) y la representación retórica del espacio misional.
DAVID BENJAMÍN CASTILLO MURILLO
- 67** Presencia extranjera en el mineral de El Triunfo, Baja California: disturbios y amenazas a la soberanía nacional (1874-1875).
EDITH GONZÁLEZ CRUZ/IGNACIO RIVAS HERNÁNDEZ
- 103** Liderazgo político y revolución. La lucha por el poder en Sonora (1911-1916)
NICOLÁS CÁRDENAS GARCÍA
- 145** Consideraciones culturales, etnohistóricas y geográficas de la península de California. Traducción de un texto impreso en 1811, escrito por Wenzel Link, S.J.
DIANA BRENSCHEIDT GENANNT JOST Y AARÓN GRAGEDA BUSTAMANTE

RESEÑAS

- 161** Le Goff, Jacques. (2016) *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?* (trad. de Yenny Enríquez). México: Fondo de Cultura Económica (Original en francés, 2014).
ABRAHAM URIBE NÚÑEZ.
- 169** Cañedo Gamboa, Sergio Alejandro, *Comercio, alcabalas y negocios de familia en San Luis Potosí, México. Crecimiento económico y poder político, 1820-1946*, El Colegio de San Luis, Instituto Mora, México, 2015, pp. 282. ISBN: 978-607-9401-54-2 (COLSAN), ISBN: 978-607-9294-95-3 (I. MORA).
PATRICIA LUNA SÁNCHEZ.



LIDERAZGO POLÍTICO Y REVOLUCIÓN. LA LUCHA POR EL PODER EN SONORA (1911-1916)

Nicolás Cárdenas García
Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco

Resumen: En este trabajo se analiza el surgimiento de un nuevo liderazgo político en Sonora durante la Revolución Mexicana. Aunque en la etapa maderista aparecieron algunos de los nuevos aspirantes al poder, en realidad fue con la rebelión contra Victoriano Huerta y la posición titubeante del gobernador José María Maytorena que la lucha política entre ellos se volvió intensa y permanente. Mientras hacían la guerra, como ha señalado Theda Skockpol respecto a otros revolucionarios, también luchaban por “afirmar y validar sus pretensiones a la soberanía del Estado” en contra de otros aspirantes a gobernar. Al término del conflicto, los que se habían alineado con Maytorena fueron excluidos del campo político, pero los vencedores no constituían un grupo unificado. Esos ganadores, en adelante formaron parte de la élite política y contribuyeron al restablecimiento de un campo político relativamente institucionalizado.

Palabras clave: Revolución mexicana, Sonora, sonorenses, élite revolucionaria, Obregón, Maytorena, Calles.

Abstract: In this study, the rise of a new political leadership during the Mexican Revolution is analyzed. Although some new aspirants for power appeared in the maderist period, in

reality, it was with the rebellion against Victoriano Huerta and the hesitant position of the governor José María Maytorena that the political fight between them became intense and permanent. As Theda Skockpol has noted with respect to other revolutionaries, while they made war, they were also fighting to “affirm and validate their claims to the sovereignty of the State” against others who aspired to rule. At the end of the conflict, those who had been aligned with Maytorena were excluded from the political field; the victors, however, were not a unified group. Those winners thereafter formed a part of the political elite and contributed to the reestablishment of a relatively institutionalized political field.

Key words: Mexican Revolution/ Sonora/ Sonorans/ Revolutionary elite/ Obregón/ Maytorena/ Calles.

1. INTRODUCCIÓN. SONORA Y LA REVOLUCIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA

En 1973, Barry Carr publicó un ensayo en donde analizó el estilo y contenido que los líderes nortños aportaron a la revolución mexicana. Señaló que se trató de una coalición de grupos medios de trayectorias sociales muy diversas, sumamente influidos por la cultura estadounidense, y descontentos con el carácter cerrado, el estilo “autocrático” y la “xenofilia” de la élite porfirista. Todo ello los hacía particularmente sensibles a las demandas de cambio social que fueron surgiendo en la base del movimiento revolucionario; sin embargo, aunque tenían rasgos como el nacionalismo y el anticlericalismo, en el fondo se trataba de gente conservadora, oportunista y ambiciosa que si bien puso las bases de la modernización del país, lo hizo a través de la manipulación experta de “hombres y movimientos” (Carr, 1973, pp. 330-346).

En el mismo año Jean Meyer publicó su estudio sobre la Cristiada, en el que esos dirigentes quedaron peor parados, aunque dentro del mismo modelo. Afirmó que era gente sin “ideología precisa”, “barones” corruptos que se habían apoyado en sus clientelas para ascender y luego gobernar con una propensión notable hacia la violencia y la impunidad (Meyer, 2007, pp. 169-187).

Trabajando en esta línea, Héctor Aguilar Camín, Friedrich Katz, Hans Werner Tobler y Alan Knight, terminaron por conformar una versión dominante, sofisticada y con gran poder explicativo, sobre la naturaleza específica de la revolución que llegó del norte y en particular de Sonora. El argumento es el siguiente. En el breve periodo maderista se gestó en Sonora un recambio considerable en el personal político, mediante procedimientos constitucionales, desde la gubernatura hasta las presidencias municipales, a la vez que se conformó un pequeño ejército local que fue clave para sofocar la rebelión orozquista. Al sobrevenir el golpe de Victoriano Huerta, el gobierno constituido se declaró en una especie de rebelión institucionalizada, en defensa de la “soberanía estatal”, como una nación con sus propios recursos frente a otra. Se trató de una revolución ordenada, pragmática, eficiente, fundada en el buen funcionamiento de la economía y las redes comerciales y con un ejército reclutado desde arriba. Por eso su guerra fue una guerra “profesional”, no una lucha popular. Por lo demás, aunque se trató de un ejército variopinto, su unidad, además del salario, estuvo fundada en una “tradicción de colaboración entre todas las clases de la sociedad” por objetivos comunes. Y finalmente, su aislamiento del resto del país y la vecindad estadounidense habrían sido otros tantos factores que contribuyeron a su éxito, dada la facilidad para conseguir armamento, municiones y pertrechos, así como mercado para sus bienes agrícolas y ganadero. Además, ese aislamiento volvió difícil la invasión de su territorio (Aguilar, 1981, p. 288; Katz, 1999,

pp. 36-38 y 180; Knight, 1996, pp. 517-584; Tobler, 1994, pp. 158-159 y 503).

Quienes dirigieron esta revolución habrían sido “hombres honestos y confiables” provenientes de los sectores medios (o pequeña burguesía) que habían crecido en Sonora con la modernización intensa ocurrida en el porfiriato. Estos hombres eran honestos y confiables en dos sentidos. En primer lugar eran hombres de trabajo, que casaban con el estereotipo del *self made man* norteno, es decir, se trataba de individuos emprendedores que se orientaban con un modelo de acción hacia una economía de mercado (.Knight, 1996, pp. 582-583). En segundo lugar, eran confiables en un sentido político: no ponían en duda las reglas y procedimientos liberal constitucionales existentes para el gobierno y la resolución de los conflictos políticos. Eran hombres de orden, respetuosos de la ley y las instituciones, sin mayores veleidades reformistas o ideológicas. Su escuela cívica y política era una mezcla de liberalismo jacobino con la idea de una democracia en la que junto a la legalidad, la participación y el proselitismo, no se desdeñaba el uso de relaciones y prácticas clientelares para ganar las elecciones. Más todavía, la mayor parte de ellos eran jóvenes, ambiciosos y pragmáticos (Knight, 1996, pp. 473-474; Aguilar, 1977, pp. 363-364).

Aunque desde el periodo constitucionalista y durante la presidencia de Venustiano Carranza ya había algunos sonorenses en el gobierno, estos autores han señalado que su “hegemonía” comenzó tras el triunfo de la rebelión de Agua Prieta, y duró hasta que el presidente Lázaro Cárdenas se sacudió la tutela del jefe máximo en 1935. Fueron quince años decisivos en la conformación tanto de las características del nuevo Estado como de la reconstrucción de las instituciones económicas y sociales, aunque el resultado de sus gestiones, según Tobler, fue una “peculiar mezcla de continuidad y cambio en comparación con el porfiriato” (Meyer, 2007, pp. 169 -177; Tobler, 1994, pp. 419 y 525).

La fuerza de esta explicación ha sido tal que los trabajos posteriores se han limitado a mejorar algunos detalles, llenar algunos huecos del modelo, o a desarrollar sus implicaciones, pero sin someterlo a crítica o investigar algunos de sus aspectos potencialmente frágiles. Más todavía, sorprende que de las muchas posibilidades de investigación abiertas por este modelo, los trabajos posteriores se limitaran a la biografía o a la política nacional de los años sonorenses. Y aún ahí, un tema obvio, que era investigar al “núcleo dirigente de la nueva elite” más allá de Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta, pasó totalmente inadvertido. Así, no sabemos realmente cómo ese grupo logró “influencia decisiva sobre el curso de la Revolución Mexicana” (Tobler, 1994, pp. 255, 419-420).

Pero creo que uno de los efectos más graves del modelo explicativo dominante fue trazar una línea de continuidad entre la historia regional de Sonora y la historia nacional mexicana. Como si la primera pudiera explicar a la segunda a partir de la revolución, o como si el curso posterior de la historia de Sonora fuera en buena medida dependiente de lo que ocurría en el centro del país. Y como si la omnipotente voluntad presidencial (que por lo demás no había llegado a ese grado en los años veinte) hubiera convertido a Sonora en un feudo de los presidentes Obregón y Calles (quienes, por otro lado, tuvieron que atender bastantes problemas en esos años). Tal vez sea necesario repensar ambas cosas, revisando, primero que nada, la historia de los sonorenses durante la revolución.

2. EL PROBLEMA DE LA POLÍTICA Y LA EMERGENCIA DE UNA NUEVA CLASE GOBERNANTE

Una de las consecuencias más importantes del triunfo maderista fue, según José C. Valadés, que “despertó el ser ambicioso en México”: “Cada uno de los triunfadores se siente

con madera de gobernante”, escribió. Sin embargo, su desconocimiento de la práctica de gobernar planteaba también el problema de convertir a esos “aficionados en política” en “profesionales organizados para el mando y gobierno de la Nación mexicana”. Esta necesidad de constituir una nueva clase gobernante no cambió, incluso se acentuó en el periodo constitucionalista, con la novedad de que en esa nueva etapa tales hombres brotaron “como por obra de magia” en Sonora, para “ascender vertiginosamente” a puestos de mando y gobierno de la revolución (Valadés, 1985, t.1, pp. 49, t.2, pp. 326 - 332, y t.3, p. 250).

Estos hombres tuvieron que pasar por un aprendizaje, pero sobre todo por diversas luchas de orden político dentro del campo revolucionario. Ciertamente muchos fueron a la guerra por ideales, pero pronto descubrieron que ejercer poder, mandar, si bien era una práctica con muchos atractivos, también estaba llena de peligros y potenciales enemigos. Para entender esto es necesario recordar que parte de la especificidad de la sociedad moderna, que arrancó de la revolución francesa, fue la constitución de dominios o campos de actividad especializados, y por lo tanto separados, con sus propias reglas e instituciones. Así, la política se separó de la economía, de la justicia, de la misma guerra; las instituciones sociales se agruparon en campos como el educativo, el religioso, y el propio terreno de la cultura se fragmentó e institucionalizó. Pierre Bourdieu nos dice que el espacio social se constituye así como un “espacio de diferencias”, tanto hacia afuera como hacia adentro, pues distingue la actividad de los individuos y a la vez distingue su posición social, sus relaciones y sus disposiciones. Además, les permite ordenar sus representaciones de esa realidad, es decir, apreciar esas diferencias. Ahora bien, el hecho de que sean espacios diferenciados y jerarquizados en los que concurren individuos e instituciones que se reconocen como agentes interesados en actividades y proyectos comunes, hace que sean campos llenos de

tensiones. Un campo es entonces a la vez “un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él” y “un campo de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan, con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas”. Así, según esta propuesta analítica, los actores sociales, a través del conflicto y la cooperación, son quienes conservan o transforman esa estructura (Bourdieu, 2002, p. 49).

Si eso es cierto en tiempos normales, durante las revoluciones esas reglas e instituciones se debilitan, y el componente conflictivo del campo se acentúa; de hecho, las fronteras entre los campos mismos se difuminan. Una consecuencia de ello es que se convierten en momentos históricos propicios para el surgimiento de nuevos liderazgos políticos, que “luchan por afirmar y validar sus pretensiones a la soberanía del Estado”. En ese sentido, como dice Theda Skockpol, aunque es importante conocer sus antecedentes sociales y políticos, también es necesario tomar en serio lo que hacen durante las crisis revolucionarias, es decir, luchar contra otros aspirantes a “edificadores de Estados”, afirmarse como tales y ganar posiciones dentro del juego político. Los ganadores, una vez que se restablece el orden y se consolidan nuevas instituciones y reglas del juego, pasan a ser la nueva élite política. No dejan, por supuesto, de luchar por el poder, pero en adelante lo hacen de una manera más o menos institucionalizada (Skockpol, 1984, pp. 262; Bobbio, 1998, pp. 521-522).

Así, en el caso mexicano, la creación de esa clase gobernante, la transformación de los políticos “aficionados” en profesionales del gobierno, tuvo que hacerse a la par de la construcción de un régimen revolucionario, a partir de que Carranza desconoció al régimen huertista y comenzó un nuevo movimiento armado en marzo de 1913. El propósito de este trabajo es justamente mostrar cómo, en este movedizo escenario, los aspirantes al poder transitaron entre los distintos niveles de gobierno y tuvieron

que orientarse en una trama hecha de cooperación, pero sobre todo de conflicto. Así, difícilmente pudieron consolidar alianzas duraderas que autoricen a considerarlos como un grupo.¹

3. EL CAMBIO POLÍTICO EN SONORA. DEL MADERISMO AL CONSTITUCIONALISMO

En el caso de Sonora, el triunfo maderista propició una notable revitalización de la actividad política, y a la vez un recambio considerable en el personal de gobierno. Como resultado de las elecciones del 30 de julio de 1911, José María Maytorena y Eugenio Gayou obtuvieron los cargos de gobernador y vicegobernador, aunque llamaron como colaboradores a una mezcla de correligionarios, amigos y gente del antiguo régimen, como Ismael Padilla, ex jefe político en Jalisco, quien ocupó la secretaría de gobierno. En cambio, aunque en el Congreso hubo gente que había ocupado puestos municipales y judiciales en el porfiriato, como Ignacio L. Pesqueira e Ignacio Bonillas, la mayor parte de los diputados locales eran hombres nuevos, aficionados que no habían ocupado cargos de alto nivel en Sonora. Casi todos eran civiles, provenían de las regiones que representaban y varios tendrían posteriormente carreras políticas destacadas (Breceda, 1985, pp. 28-30; Almada, 2009, pp. 482-483; Aguilar, 1981, pp. 178-180; Almada, 2010, p. 757; Almada, et al., 2001, pp. 278). Tal vez para compensar a los jefes maderistas, Maytorena otorgó a Juan Antonio García, Anacleto Girón, Pedro F. Bracamonte, Adrián Marcor, Benjamín Hill, Salvador Alvarado y Juan Cabral, los siguientes puestos en importancia, las prefecturas políticas, así como el mando de las fuerzas militares revolucionarias que pudo salvar de la desmovilización. Poco después hubo elecciones municipales, y aunque Breceda y Aguilar Camín coinciden en que ahí también se produjo una

¹ El mejor análisis de la élite resultante es Smith, *Los laberintos*, 1981.

renovación, se requiere algún estudio detallado para confirmarlo. Es verdad que en Cananea tomaron el poder Diéguez, Juan José Ríos y Esteban Baca Calderón, en Tórin un muy joven Roberto Cruz, en Fronteras Aniceto Campos y Camilo Gastélum, o Fermín Carpio en Navojoa, todos maderistas, pero en Huatabampo Álvaro Obregón, quien no había sido maderista y tenía ya una carrera política local como regidor, triunfó sobre Pedro Zurbarán (quien había sido presidente municipal en dos ocasiones y tenía un leve toque maderista) con el apoyo del gobernador de los indios mayo, quien le allegó muchos votos. Más aún, en Guaymas el triunfador fue Guillermo Escalante Tapia, emparentado con Maytorena, en Hermosillo José C. Camou, quien tampoco podía presumir algún timbre maderista, y en Ures ganó Alfredo Romo, de los notables del lugar. Tal vez la conclusión de Antonio Rivera (1969, p. 247) para ese recambio político fuera la más adecuada: “los hombres que llegaron al Poder tenían ligas más o menos fuertes con los hombres del viejo régimen, y eran todos, con muy pocas excepciones, burgueses amigos de la paz, que creían que su principal misión era conservarla inalterable”.

Sin embargo, durante el gobierno de Maytorena, es decir entre septiembre de 1911 y octubre de 1915, prácticamente no hubo un momento de esa buscada paz. Por un lado se dio un enfrentamiento constante entre el gobernador y el congreso local, donde una parte de los diputados resistió los intentos de Maytorena por centralizar en el ejecutivo decisiones que juzgaban competencia del propio legislativo o de los municipios. Además, censuraron sus largas estancias en la ciudad de México así como la falta de informes de los recursos gastados en ellas. Por otro lado, hubo diversas rebeliones y amenazas militares incluso antes del cuartelazo de Huerta: de maderistas descontentos, de orozquistas y de los siempre rebeldes yaquis. Y por último, a raíz de que el gobierno volvió a requerir la movilización de los ciudadanos del estado para combatir justamente a

los oroquistas, volvió a crecer la nómina de jefes militares no profesionales, así como sus ambiciones. Entre estos últimos, por supuesto, ya encontramos a Obregón como coronel con sus oficiales del 4to. Batallón Irregular a fines de 1912 (Rivera, 1969, pp. 249; Aguilar, 1981, pp. 199-207 y 254-261; Almada, 2010). Por ello, cuando el gobierno de Sonora debió decidir si reconocer a Huerta o rebelarse, en el estado no sólo había una buena cantidad de gente fogueada en la milicia, sino una nueva casta de jefes, algunos incluso ya con prestigio ganado en el combate; casi todos, además, decididos a luchar contra Huerta.

Ésta resultó una coyuntura decisiva en la lucha por el poder local. Maytorena titubeó y trató de ganar tiempo, ya que la decisión de rebelarse no era fácil, en parte porque no era claro si contarían con aliados en otros estados. Además, las arcas del estado estaban casi vacías, y por consiguiente, financiar la guerra, como dice Aguilar Camín, requería “tomar el dinero de donde lo hubiera”. Y Maytorena no podía, no quería dar ese paso, tanto porque significaba tomarlo de hacendados y empresarios, como porque desconfiaba profundamente de una insurrección popular que ya había comenzado en distintos puntos del estado. Tendría que dejar de ser, como se definía, “hombre de orden y justicia” (Deeds, 1976, pp. 128-130; Aguilar, 1981, pp. 278-280; Rivera, 1969, pp. 280; Alarcón, 2008, pp. 188). En cambio, quienes lo presionaban para que encabezara la rebelión eran “una capa de jefes militares y políticos inconformes, ansiosos de nuevas oportunidades, estrellas recientes en el bastidor de un estado pacificado a medias, estrangulados entre la permanencia del ejército federal y la tendencia de las nuevas autoridades a *repetir* métodos porfirianos” (Aguilar, 1981, p.280). Así como no había podido unirlos, disciplinarlos y dirigirlos en año y medio, tampoco juzgó posible encabezarlos en esta apuesta político militar, cuyo éxito era, por decir lo menos, dudoso. Poco después dijo que había medido sus fuerzas y calculado que “ni por motivos de salud, ni por circunstancias especiales de

carácter netamente personal, podría dominar la situación que veía aproximarse”, de modo que decidió renunciar (Maytorena, 1914, pp. 48). La situación que veía aproximarse era hasta cierto punto inédita, en un sentido importante: los nuevos jefes militares no provenían de las familias notables de Sonora, que tradicionalmente habían encabezado tanto las luchas políticas como las campañas contra apaches y yaquis. Esas familias, históricamente, habían considerado tener derecho a gobernar sus regiones y el estado. Ahora tendría que depender de advenedizos y ambiciosos hombres del pueblo. No pudo, como Madero, vencer sus creencias más profundas, su *habitus*.²

No renunció, pues lo convencieron de que la causa necesitaba el “prestigio” de un gobernador constitucional, pero optó por una licencia de seis meses al cargo, y dejó que esos nuevos jefes se las arreglaran con su rebelión, cuya naturaleza merece reconsiderarse. Para Aguilar Camín los dirigentes sonorenses plantearon “el rompimiento como una lucha entre dos naciones distintas con recursos paralelos”, al poner en el centro el problema de la soberanía del estado. Sin embargo, un análisis de lo que ocurrió y dijeron los líderes en esos días, muestra algo ligeramente distinto. Primero, que tomar la decisión no fue fácil, y menos aún unánime entre los diputados. Maytorena, desde el 24 de febrero, les había propuesto el punto del desconocimiento, pero tomaron la decisión hasta el 5 de marzo. Y en los considerandos del proyecto de decreto, el gobernador interino Ignacio L. Pesqueira dedicó la mayor parte a las rebeliones que estallaban en el estado por la “inconformidad con el gobierno provisional” de Huerta, así como a la ilegalidad de ese gobierno, al que tachó de “usurpador”. Más aún, sus argumentos se fundaban en la violación de las leyes de la República y en los

² Bourdieu explica que el *habitus* es “ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección de personas, de bienes y de prácticas.” *Razones prácticas*, 2002, p. 19.

sentimientos de “los mexicanos honrados”. Acto seguido, envió delegados a conferenciar con Carranza para buscar la unión entre los revolucionarios, que se concretó con el pacto de Monclova. Poco después, con la adhesión del Congreso local al Plan de Guadalupe, los políticos sonorenses aceptaron el mando de Carranza, lo cual confirmó que el asunto de la soberanía no era central en ese momento. Con la posterior decisión de Carranza de asentar su gobierno en Sonora, quedó claro que Sonora no peleaba como una nación contra otra, sino como parte de un movimiento nacional.³

Pelearon tan bien, que a fines de abril Maytorena regresó de su retiro en Tucson, Arizona, y comenzó a trabajar para recuperar su puesto. Se encontró con el rechazo de los diputados y la mayor parte de los jefes militares, pero no se desanimó. Acudió a Carranza y tras varias semanas de correspondencia consiguió entrevistarse con él en las cercanías de Candela, Coahuila, a principios de julio de 1913. Carranza, no muy convencido de avalar su regreso, le ofreció un puesto en su gabinete, pero Maytorena no lo aceptó (Maytorena, 1914, pp. 59 -62; Deeds, 1976, p. 135; Alarcón, 2008, pp. 214-217).

Este rechazo requiere una explicación. En tiempos normales esa oferta hubiera sido atractiva, pero conviene recordar que Carranza, en esos momentos, era Primer Jefe de un poder nacional inexistente. Ciertamente el 18 de abril, mediante el pacto de Monclova, con el cual Sonora reconocía su mando, el ejército constitucionalista comenzaba a pasar de la ficción a la realidad. “Ya poseía jerarquía, territorio, alma, agresividad”, escribe Valadés (Valadés, 1985, t.3, p. 47) pero lo cierto es que el mando de Carranza estaba lejos de ser indiscutido entre sus propias fuerzas, amén de que sus cualidades militares habían resultado bastante pobres. En cambio, el gobierno de Sonora

³ Ignacio Almada ha argumentado convincentemente que junto al discurso de la soberanía estatal el regionalismo defensivo fue “una de las fuentes principales del rechazo al gobierno de Huerta”. Ver “La patria chica”, 2009, p. 368.

cada vez era más fuerte y para fines de junio tenía bajo su control todo el estado salvo el puerto de Guaymas, último reducto del ejército federal. Era claro que Maytorena estaba interesado en recuperar este poder real, antes que en ocupar una cartera básicamente simbólica. Así a mediados de julio anunció su regreso al gobierno, cuando faltaba mes y medio para el término de su licencia. Tal decisión precipitó una crisis política entre los líderes revolucionarios, quienes habían recibido sus grados militares de Carranza y de ese modo habían aceptado su jefatura. Además, las tensiones entre el gobernador Pesqueira y los nuevos jefes, así como entre éstos por el mando eran cada vez más fuertes. Obregón mismo, descontento por el poco apoyo que le daba Pesqueira contra jefes militares descontentos con sus decisiones, como Bracamonte y Alvarado, en un arrebato presentó su renuncia y externó su intención de marchar a combatir en Chihuahua (Breceda, 1985, pp. 179-182; Rivera, 1969, p. 346-347).

Para resolver la crisis planteada por el regreso de Maytorena, el 28 de julio de 1913 tuvo lugar una junta de esos jefes en Nogales. Ahí estuvieron también Pesqueira, Maytorena y el enviado del primer Jefe, Alfredo Breceda, quien coordinó la sesión. Como una especie de anfitrión fungió el Teniente Coronel Plutarco Elías Calles, ya convertido en Jefe de las armas y presidente municipal de Nogales, así como Director de la Oficina de bienes intervenidos. Al parecer quien más habló fue Pesqueira, pero en general todos los altos jefes no estaban de acuerdo con el regreso de Maytorena. Más aún, le echaron en cara su renuncia anterior y al mismo tiempo cuestionaron su “obstinación por tomar el poder”. El aludido, en cambio, a las preguntas y críticas sólo respondía: “Soy el gobernador constitucional” una y otra vez (Breceda, 1985, 184-185; Rivera, 1969, pp. 347-349; Obregón, 1973, p. 80). La balanza, al final, fue inclinada por Álvaro Obregón, quien tomó su partido, seguramente para deshacerse de Pesqueira, ya que Breceda

aparentemente tenía instrucciones de no meterse en esta disputa. Después de cuatro horas, el regreso fue aceptado.

4. SONORA COMO CAPITAL POLÍTICA DEL MOVIMIENTO CONSTITUCIONALISTA

La posición de Carranza fue dejar que los sonorenses mismos resolvieran la crisis, pues en ese momento necesitaba urgentemente de Sonora. No podía enemistarse con ellos, ya que había decidido instalar ahí su gobierno, comenzando su largo y mítico viaje por la sierra madre occidental. Lo que está claro es que en ese momento el fondo del problema no era ideológico: se trataba de una disputa por el poder y por un futuro político que ya comenzaba a verse como promisorio. En esa lucha difícilmente podemos hablar de alianzas con una cierta duración, sino de lo que Goffman denomina “hacer equipo”, es decir, de un recurso que usan los actores en una situación dada para lograr sus fines (Goffman, 2001, pp. 95-96). Así Obregón logró quedarse en Sonora y mantener su mando, a pesar de que inmediatamente recomenzaron las hostilidades entre Maytorena y sus detractores. Por eso, cuando Breceda le preguntó por la razón de su apoyo a Maytorena, si es que no le gustaba, respondió: “porque así convenía; tú no te das cuenta porque no eres político” (Breceda, 1985, p. 186; Aguilar, 1981, pp. 363-364; Alarcón, 2008, pp. 242-246).

Y es que política estaban haciendo todos. Los diputados locales, por ejemplo, recibieron una propuesta de Maytorena para adherirse al Plan de Guadalupe. Éstos la aceptaron, pero con un agregado que disminuía sensiblemente el poder del gobernador: reconocieron a Carranza como “único representante de la Federación”, con lo que le obsequiaban, como dice Aguilar Camín, “el control de la mayor parte de los recursos financieros y económicos de un estado estratégico para la revolución” (Aguilar, 1981, p. 370). Esta adición es la que permitió al

Primer Jefe contar con los recursos para comenzar a formar las instituciones de su gobierno en Hermosillo, a donde llegó el 22 de septiembre de 1913, en medio de aclamaciones, fuegos artificiales y música. En el entusiasmo de esa recepción, después de agradecer a la multitud desde el balcón central del Palacio de Gobierno, anunció el nombramiento de Obregón como Jefe del Cuerpo del Ejército del Noroeste (Breceda, 1985, pp. 195-196; Rivera, 1969, pp. 359-360; Alessio, 1985, pp. 96-97). Éste era un puesto que Obregón se había ganado con sus triunfos militares, pero probablemente también a través de las largas conversaciones que tuvo con Carranza desde que lo recibió en El Fuerte diez días antes. Con esa designación pasaba de ser un jefe local a un jefe nacional, es decir, el campo estatal al campo en formación del gobierno nacional.

Durante los seis meses siguientes, Hermosillo fue el centro político de la causa revolucionaria, lo que produjo una gran afluencia de intelectuales, profesionistas, estudiantes, periodistas, ex funcionarios y militares de todo signo y procedencia geográfica en busca de orientación, cargos o puestos de combate.⁴ A través de los periódicos, las conversaciones, las comidas, los actos públicos, participaron de un intenso intercambio de ideas, proyectos y debates sobre lo que era la revolución. A ese clima de intensa socialización política contribuyó el propio Carranza, pues a los dos días de su llegada se organizó en el salón de actos del Ayuntamiento una reunión con jefes militares, funcionarios y habitantes de la ciudad, en la que expuso las causas, procedimientos y metas de la revolución. Dijo que la revolución no buscaba simplemente el triunfo armado, sino acabar con el “desequilibrio de cuatro siglos, tres de opresión y uno de luchas intestinas que nos han venido precipitando a un

⁴ Entre ellos Miguel Alessio Robles, Isidro Fabela, Juan Sánchez Azcona, Francisco Escudero, Rafael Zubaran, Herminio Pérez Abreu, Heriberto Barrón, Heriberto Frías, Ramón Puente, Rafael Martínez “Rip Rip”, Eduardo Hay, Felipe Ángeles, Alberto J. Pani, Ignacio C. Enríquez y Martín Luis Guzmán.

abismo”. Los treinta años de paz porfiriana habían sido para el pueblo años de atraso, falta de libertad, y engaño sistemático. Por eso el Plan de Guadalupe no encerraba ninguna “utopía” o “promesas bastardas”, pero terminada la guerra: “Tendrá que principiar, formidable y majestuosa, la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan”. Las “nuevas ideas sociales” no sólo consistían en repartir tierras, abrir escuelas, o la distribución de las riquezas nacionales, sino en “algo más grande y sagrado, es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos para establecer el equilibrio de la conciencia nacional.”⁵

De inmediato, Carranza organizó su gabinete y se dispuso a hacer uso de los recursos que había recibido, arrebatándoselos al gobierno del Estado. En esos meses coexistieron en Sonora dos gobiernos y aunque Maytorena se defendió como pudo, a la postre tuvo que resignar el control de las aduanas, de las oficinas federales de hacienda y del cada vez mayor ejército del noroeste. Además, no sólo tenía que enfrentar a Carranza, sino a su creciente oposición interna, en particular la encabezada por Calles y Salvador Alvarado (Buchenau, 2007, p. 43). Por ejemplo, en una velada multitudinaria que se le ofreció al Primer Jefe en la plaza de armas de Cananea, el 10 de octubre, el orador principal, Cesáreo Soriano, muy allegado a Calles, acusó a Maytorena (presente en el acto) de haber abandonado a su pueblo “en los momentos de peligro, para venir después a sentarse al festín” en las horas de triunfo. Al terminar de hablar, el ya Teniente Coronel Calles se levantó y lo abrazó “efusivamente”. Carranza, en privado, solo dijo que no debían atacar al gobernador en su presencia, pues era su huésped. Ahora bien, en ese ambiente de intriga, división y disputa, el propio Maytorena intentaba acercarse a Carranza. Por ejemplo, en la cena

⁵ El discurso completo está en Breceda, México, 1985, tomo II, pp. 197-201.

de navidad siguiente, ya en los postres, le pidió autorización “para meter a Obregón y a Alvarado dentro de un costal... para mandarlos al otro lado de la línea divisoria”. Carranza, con toda seriedad le negó tal autorización, añadiendo elogios hacia el patriotismo de esos jefes (Alessio, 1985, pp. 101-103; Alessio, 2010, pp. 115-116; Puente, 1994, pp. 43-44).

En esos jefes, sin duda, afloraban rápidamente “las ganas de gobernar”. Más aún, la intensa socialización política de esos meses y la actividad de Carranza les mostró “qué quería decir gobierno; qué se podía hacer con el gobierno; cómo se realizaba el gobierno”, aunque éste fuera uno incipiente (Valadés, 1985, t. 3, p. 139). Por lo pronto Carranza expidió una ley orgánica que creó ocho secretarías de estado, aunque no tuvo personal para cubrir los cargos. Además, eran muy pequeñas, como la Secretaría de Gobernación, compuesta del secretario, de un oficial mayor y cinco oficinistas. En todo caso, entre los nombramientos de fines de octubre, incluyó a varios sonorenses, pero ninguno del grupo de Maytorena. Así, Adolfo de la Huerta fue designado oficial mayor de Gobernación, Ignacio Bonillas, Oficial Mayor encargado de los despachos de Comunicaciones y Fomento, Ignacio L. Pesqueira presidente del Tribunal Militar (y después Subsecretario de Guerra y Marina) y Cosme Hinojosa, Director General de Correos (Rivera, 1969, p. 370). Todos ellos habían sido diputados en la legislatura maderista de Sonora y ninguno era aliado del gobernador.

5. LA DIVISIÓN ENTRE LOS REVOLUCIONARIOS SONORENSES

A punto de salir de Sonora, en Nogales, el 3 de marzo de 1914, Carranza dio a Obregón indicaciones de activar la campaña hacia el sur, pero también de dejar en Sonora tropa suficiente para mantener el sitio de Guaymas, impedir “los desmanes de las tribus yaquis rebeldes”, así como para evitar “posibles” incursiones de tropas norteamericanas, vigilar la frontera y

evitar el contrabando. Debía Obregón recomendar a los jefes que dejara a cargo de cada entidad que era necesario “dar garantías a los habitantes” y atender “las indicaciones de las autoridades civiles, para hacerlas respetar y mantener su prestigio” (Obregón, 1973, pp. 103-104).

Tales órdenes parecían encaminadas a restablecer la paz en Sonora, pero en realidad tanto Carranza como Obregón parecían ya convencidos de que “el descontento” de Maytorena, como le llamó Obregón, no tenía remedio. Sólo así se explica que los dos nombramientos importantes de Obregón, hechos el 15 de marzo, fueran el de Salvador Alvarado (ya General) como jefe del sitio de Guaymas y de las operaciones contra los yaquis, y el de Plutarco Elías Calles (ya Coronel) como el jefe militar constitucionalista de Sonora. Éste era un acérrimo crítico de Maytorena y aunque no había dado muchas muestras de talento militar, sí se había empeñado en mostrar su lealtad a Carranza, a quien despidió de Sonora con un desayuno el 26 de marzo de 1914 (Obregón, 1973, p. 105; Macías, 1995, p. 171; Breceda, 1985, p. 248). Obregón, en el caso de Alvarado, se libraba de un crítico incómodo, y en el segundo, no parece haber considerado indispensable a Calles en la campaña; era una pieza más importante para hacer de contrapeso a Maytorena. Con este nombramiento, como dice Buchenau, Calles vio la oportunidad de pasar de un simple peón a jugar un “rol prominente por derecho propio”. Más aún, le quedó claro que sólo podía ganar tal rol “a expensas” de Maytorena (Buchenau, 2007, p. 45). Por ello, la disputa por el poder local se convirtió en una lucha abierta y violenta, en la que los implicados recurrieron a todos los medios a su alcance para imponerse. Maytorena resentía haber sido despojado tanto de los recursos financieros como de la fuerza militar, y Calles no tardó en hacerle sentir su nueva fuerza. En marzo le retiró una parte de los soldados que resguardaban el palacio de gobierno, impidió una manifestación maytorenista

e incluso aprehendió a algunos de sus simpatizantes. Al final le retiró incluso su escolta personal y poco después expulsó del estado a varios de sus colaboradores, extralimitándose claramente en sus funciones. Al mismo tiempo, dos de sus seguidores, Manuel Ortigoza y Feliciano Gil, fundaron un diario, *La Libertad*, para propagar la causa callista en contra del maytorenismo representado por *La Voz de Sonora* (Rivera, 1969, pp. 386-387; Giese, 1975, pp. 200; Alarcón, 2008, pp. 270-272.; Aguilar, 1981, pp. 390-391).

La disputa se encontró en los siguientes meses y reveló que Maytorena no estaba solo. Por un lado conservó el apoyo de algunos jefes militares bajo el mando de Alvarado en el sitio de Guaymas: Francisco Urbalejo, José María Acosta, Juan Antonio García, Ramón Sosa y Fructuoso Méndez, cuyas tropas eran en parte de indios yaquis. Por el otro, comenzó a buscar afanosamente el apoyo de Francisco Villa, un actor cada vez más importante en la lucha por el poder nacional. Éste, a su vez, tomó partido por Maytorena y pidió a Calles, a principios de junio, cesar sus “hostilidades” contra el gobernador. Tal petición no hizo mucho efecto en el tozudo Calles, quien se manifestó extrañado de que abogara “por un traidor”; no cejaría, agregó, “en mis propósitos de apartar a Maytorena de nuestro lado” (Aguirre, 1966, p.136; Almada, 1971, p. 123; Katz, 1998, t.I, p. 391). En lo que se refiere al respaldo de la población civil, no tenemos muchos elementos para valorarlo, pero parece que hasta ese momento Maytorena conservaba buena parte del mismo, al menos en Hermosillo, donde era usual que la banda tocara en la plaza “Viva Maytorena” de Rodolfo Campodónico y donde algunos habitantes lo apoyaron en su lucha contra Calles (Galaz, 1971, pp. 364-368; Rivera, 1969, p. 392; Villa, 1948, p. 106; Buchenau, 2007, pp. 46-47; Almada, 2010).

Más que detallar el largo conflicto, vale la pena señalar que los principales actores involucrados no formaban aún alianzas

sólidas, sino que dependiendo de la situación se orientaron hacia uno u otro lado. Salvador Alvarado fue el caso extremo. Por momentos fue crítico de Maytorena, en otros de Calles, pero cuando éste se disponía a desarmar al gobernador en Hermosillo, en junio de 1914, Alvarado lo salvó. Con ese movimiento, Maytorena conservó su escolta y Calles tuvo que retirarse a Nogales, desde donde escribió a Carranza que estaba seguro del apoyo de Villa a Maytorena y también de que éste podría contar con la mayor parte de la fuerzas de Alvarado. Poco después Alvarado recomendaba a Carranza que Calles permaneciera en el estado, para después decir que la opinión pública rechazaba “al coronel Calles y sus procedimientos”. Su actitud vacilante y voluble le costó cara, pues cuando Maytorena contrató, aprehendió a Alvarado, a Roberto Cruz y otros jefes militares, junto con funcionarios locales y ex diputados locales maderistas (Rivera, 1969, pp. 389-400, 410-411; Almada, 1971, pp. 124-127; Obregón, 1973, p. 157).⁶ Carranza, por su parte, en algún momento estuvo de acuerdo en sacar a Calles del estado, en otra ocasión le recomendaba prudencia, pero luego le ordenaba permanecer en el estado y desarmar a Maytorena. Obregón, por cierto, en julio se negó a aceptar la sugerencia de Carranza de llamar a Calles a incorporarse a sus fuerzas en campaña y salir del estado, porque lo había hecho antes y sus órdenes “habían sido contrariadas” por el mismo Primer Jefe. Ahí le indicó que se hacía a un lado y en plenas negociaciones de Teoloyucan, designó como nuevo jefe de las armas en Sonora a Benjamín Hill (Aguilar, 1981, p. 407; Obregón, 1973, p. 157; Alarcón, 2008, p. 289).

El resultado de todo ello no fue bueno para Calles, pues a fines de agosto de 1914 Maytorena tenía bajo control la mayor parte del estado y contaba con el apoyo de Villa.

⁶ Ex diputados locales maderistas: Miguel Romo, Rodolfo Garduño, Flavio Bórquez y Alfredo Caturegli.

6. EL TRIUNFO CONSTITUCIONALISTA Y LA BÚSQUEDA DE LA UNIDAD

En agosto de 1914 Carranza era ya la cabeza de un liderazgo político de pretensiones nacionales, aunque disputado por Villa y Zapata. El problema de Sonora, si bien seguía siendo importante, ya no era crucial para la revolución, que pasaba a una fase distinta, a la de “qué hacer después de la Revolución”. Para la multitud de jefes y civiles revolucionarios que se concentraban en la ciudad de México en esos días, tal problema parecía incluir la reconstrucción de las instituciones jurídicas y administrativas, así como un esfuerzo legislativo, pero no tenían muy claro cómo y por dónde empezar. Además, si bien todos parecían seguros de contar con dotes de gobernante, había que decidir las reglas para ocupar los cargos del nuevo gobierno (Katz, 1999, t. I, p. 412; Valadés, 1985, t. 4, pp. 4 y 8).

Los principales jefes militares, por ello, tenían la posibilidad y la necesidad de convertir sus capitales militares en capitales políticos. Muchos, es cierto, ya habían dado muestras de sus convicciones ideológicas en las regiones a su mando, pero ahora se trataba de la disputa por el poder y las políticas nacionales. Era un tiempo que obligaba a una intensa actividad política.⁷

Obregón propuso entonces a Carranza un movimiento audaz; viajar con una pequeña escolta a Chihuahua para entrevistarse con Villa (a quien nunca había visto) y tratar de resolver tanto sus diferencias con Carranza como el conflicto de Sonora. Vale la pena recordar que desde principios de junio Villa había decidido intervenir en los asuntos de Sonora, apoyando abiertamente a Maytorena, al grado que en las conferencias

⁷ El mismo Carranza, a fines de agosto había aceptado enviar a Luis Cabrera y a Antonio Villarreal a negociar con Zapata, aunque éste, presionado por algunos de sus consejeros, reclamó la aceptación del Plan de Ayala como condición necesaria para cualquier arreglo. Carranza, por supuesto, no estaba dispuesto a subordinarse a alguien como Zapata.

de Torreón (4 a 8 de julio de 1914) con los delegados del ejército del Noreste, sus enviados incluyeron este asunto en las discusiones (Katz, 1999, t. I, pp. 412-415; Obregón, 1973, pp. 167-168; Hall, 1985, p. 65; Cumberland, 1980, pp. 147-148; Alarcón, 2008, p. 301). La resolución aprobada ahí fue doble e implicó un posible sacrificio de Maytorena. Por un lado sugerían “respetuosamente” al Primer Jefe “que obre de la manera que crea más conveniente para solucionar el conflicto que existe en dicho Estado, sin violar su soberanía ni atacar la persona del gobernador electo constitucionalmente”. Por el otro, apelaban al patriotismo de Maytorena, “para que se separe del puesto de gobernador del Estado, si estima que de esa manera puede ponerse fin al conflicto interior”. Si aceptaba, se le permitiría proponer “una persona prestigiada, imparcial y constitucionalista” para sustituirlo.⁸ Katz, sin embargo, ha aclarado que de inmediato Villa envió a un representante con Maytorena, a quien explicó que se trataba de una maniobra para aparentar que Villa seguía unido a Carranza y así ganar tiempo para eliminarlo (Katz, 1999, t. I, p. 414). En todo caso, después de la ríspida entrevista en que Villa renunció y sus generales lo sostuvieron en el mando, las diferencias entre Villa y Carranza se hicieron públicas y fueron agudizadas por las medidas del segundo destinadas a impedir que Villa avanzara hacia la ciudad de México. Las conferencias de Torreón parecían haber aliviado un tanto las tensiones, pero los acuerdos eran un mero “disfraz” y no resolvían realmente la pugna (Cumberland, 1980, p. 134).

Por esa razón, la iniciativa diplomática de Obregón estaba llena de peligros. En realidad se trató de dos entrevistas con Villa, una a fines de agosto y otra a mediados de septiembre de 1914. La primera fue bastante cordial y pacífica, mientras que la segunda, como bien dice Katz, fue un “enfrentamiento

⁸ El documento completo está en Altamirano, et al. (comps.), *La revolución*, 1985, pp. 363-369.

dramático”. Ambos personajes habían cambiado mucho en el curso de la guerra. Sabían que comandaban los dos ejércitos más poderosos de la revolución y también estaban conscientes de que tenían la capacidad de influir en la lucha por el poder que se avecinaba.

A fines de agosto viajaron juntos a Nogales -aunque Villa entró primero- a fin de garantizar la seguridad de Obregón. Ahí fue recibido por una entusiasta multitud a la que dijo, con el brazo puesto sobre el hombro de Maytorena, que “apoyaría los derechos del pueblo contra cualquiera” (Mumme, 1979, p. 161). Finalmente el 29 de agosto se reunieron con Maytorena y los coroneles Francisco Urbalejo y José María Acosta. La reunión no fue larga, pues Maytorena habló poco, y sobre todo no pudo justificar sus cargos y acusaciones contra Obregón. Presionado, sólo dijo que tenía “la costumbre de no poder contestar luego las preguntas que se me hacen”. Katz explica tal actitud porque había descubierto que Villa estaba haciendo un doble juego en vez de otorgarle el apoyo incondicional que esperaba. Así las cosas, se firmó un acuerdo mediante el cual Urbalejo y Acosta reconocieron el mando de Obregón, éste nombraba como “jefe accidental” de las fuerzas del estado a Maytorena hasta que se formara un gobierno constitucional en la república y las fuerzas de Calles serían incorporadas a esas fuerzas. Por último, Obregón y Maytorena, de común acuerdo, nombrarían a los empleados de las oficinas federales y gestionarían su ratificación ante la Secretaría de Hacienda (Katz, 1999, t. I, p. 416; Almada, 1971, p. 134; Obregón, 1973, pp. 170-172).

El conflicto parecía resuelto. Maytorena había cedido bastante al aceptar su subordinación a los mandos constitucionalistas, aunque el verdadero sacrificado era Calles, pues lo colocaban a sus órdenes. En todo caso, el acuerdo no duró ni 24 horas. La causa fue un libelo anónimo que circuló al día siguiente en el que se insultaba soezmente a Obregón y a algunos de sus generales (se les llamaba “violadores” de la soberanía, “hijos

espurios” del estado, autores de “crímenes del orden penal”) mientras se titulaba a Villa de “héroe de cien batallas”. Obregón, sin dudarle, atribuyó su factura a Maytorena, de modo que lo destituyó del cargo recién conferido y revocó el acuerdo anterior. En su lugar Obregón y Villa ordenaron una especie de armisticio: Calles entregaría el mando a Hill, Maytorena conservaría sus fuerzas, pero se suspenderían las hostilidades (Obregón, 1973, pp. 173-175).

De regreso a Chihuahua, Villa reveló su estrategia: aceptó sacrificar a Maytorena a cambio de un acuerdo con Obregón para impedir que Carranza fuera presidente. Lo primero se firmó en un documento llamado “Bases para los cambios que deben efectuarse en Sonora”, del 3 de septiembre de 1914. Proponían destituir a Maytorena de su cargo de gobernador y nombrar al general Juan G. Cabral como su sustituto a la vez que comandante militar del Estado. Calles, por su parte, tendría que movilizarse hacia Chihuahua hasta que Cabral “juzgara oportuna su reincorporación al Estado”. Finalmente Cabral, luego de restablecer el orden, convocaría a elecciones municipales (Almada, 1971, p. 135; Obregón, 1973, p. 176; Katz, 1999, t. I, p. 417).

El acuerdo complementario fue un conjunto de proposiciones que estos victoriosos generales hacían al Primer Jefe en relación a su investidura y a “la política de nuestro Gobierno” en aras de facilitar el regreso al orden constitucional. Básicamente proponían que Carranza adoptara el título de Presidente Interino y designara un gabinete, así como a los miembros del poder judicial. Igualmente pedían se convocara a elecciones de ayuntamientos en todo el país y posteriormente a las del Congreso de la Unión, gobernadores y legislaturas locales. También sugirieron algunas reformas como la supresión del cargo de vicepresidente, la revisión del periodo presidencial y la organización de la Suprema Corte de Justicia, así como la creación de juntas estatales que estudiarían proyectos de resolución del “problema

agrario”. Pero la propuesta que menos agradó a Carranza fue la que inhabilitaba a “todos los Jefes que formen parte del nuevo Ejército Nacional, para desempeñar los cargos de Presidente de la República, Gobernadores de los Estados y demás de elección popular, a menos que se hayan retirado seis meses antes de lanzar su candidatura”. Además, para que no quedara duda, no podrían ser electos como presidente del país o gobernador de algún estado “los ciudadanos que hayan desempeñado estos cargos con carácter de provisionales, al triunfo de la revolución, ni los que los desempeñen desde la fecha de la convocatoria hasta el momento de su elección” (Obregón, 1973, pp.178-179).

En parte, tales proposiciones no eran nuevas. Algunas semanas antes, los enviados de Villa se habían reunido con representantes de la División del Noreste, el cuerpo militar en teoría más cercano a Carranza y habían propuesto tanto que Carranza tomara el cargo de Presidente Interino, como la realización de las elecciones y el veto a los jefes militares constitucionalistas. En esa junta sólo se aprobó que Carranza tomara posesión del cargo de Presidente Interino (cosa que estaba señalada en el Plan de Guadalupe) pero también se le sugirió convocar a una Convención que discutiera tanto el asunto de las elecciones, como el programa del nuevo gobierno revolucionario.

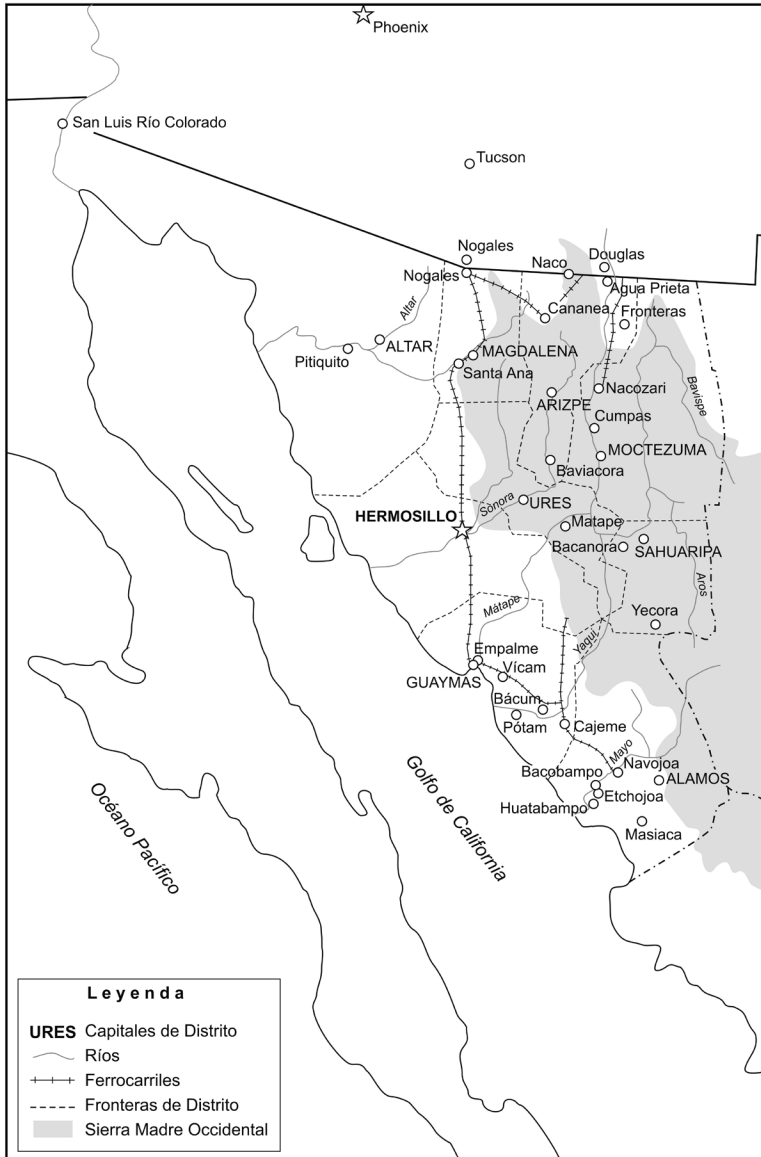
La coincidencia no es azarosa, pues el tema del regreso al orden constitucional era sin duda el gran tema de la agenda política nacional, de acuerdo al mismo Plan de Guadalupe. Sin embargo, como dice Katz, Obregón y Villa subestimaron “la falta de voluntad de sacrificio de los respectivos chivos expiatorios”. Carranza y Calles, igual que muchos de los jefes y caudillos de la guerra, se creían con derecho de usufructuar los “bienes” de la victoria “para sí y los suyos”, aunque en el caso del segundo no estuvieran tan cerca (Katz, 1999, t. I, p. 418; Valadés, 1985, t. 4, p. 11).

En estos años los revolucionarios habían percibido cómo a partir de la guerra sus posiciones sociales y políticas se habían

transformado radicalmente. El mando militar los había empujado a la política al tener que gobernar las regiones que iban conquistando. Pronto este nuevo campo de acción los sedujo. Los triunfos, los grados, el mando ejercido y el respeto adquiridos habían logrado meterlos en esa relación de fascinación con el juego que está en la base de todas las luchas políticas, es decir, de las luchas por el poder y la dominación. Bourdieu le llama a eso *illusio*, que “es el hecho de estar metido en el juego, cogido por el juego, de creer que el juego merece la pena, que vale la pena jugar”. Eso es lo que hace que un político esté dispuesto a morir en lances y por apuestas que dejarían a muchos indiferentes. Ahora bien, hay buenos jugadores y malos jugadores; los mejores son los que logran hacer de esas prácticas una segunda naturaleza, de modo que van un paso adelante de los demás.

En esos agitados días de triunfo Carranza estaba dispuesto a hacer a un lado su propio Plan de Guadalupe, con tal de conservar el poder, aunque al mismo tiempo sabía que debía hacer algunas concesiones para no perder aliados y seguidores. Tal vez por ello decidió mandar una señal amistosa a Villa, pues lo ascendió a General de División el 8 de septiembre, aunque ese mismo día éste dio muestras de no cumplir el acuerdo sobre Sonora: ordenó a Hill retirarse a Chihuahua, cuando Cabral no salía aún de la ciudad de México. Al día siguiente recibió a sus enviados junto a Obregón, escuchó sus propuestas y prometió estudiarlas. En su respuesta, del 13 de septiembre, señaló que las cuestiones planteadas no podían ser aprobadas por “un reducido número de personas”, pues eran de la competencia de la soberanía nacional, es decir de la voluntad popular. Por ello y porque el Plan de Guadalupe no podía anticiparse a los problemas que surgieron en la lucha, aceptaba el punto relativo a asumir la presidencia interina y las elecciones municipales, aunque juzgaba que el resto debía discutirse “por una asamblea que pueda tener la representación del país”. Por ello, les

Mapa 1. Sonora en 1910



Fuente: Tomado de Buchenau, Plutarco Elías, 2007, p. 7.

recordó que ya había convocado el 4 de septiembre a una junta de jefes militares y gobernadores en la ciudad de México el 1 de octubre (Obregón, 1973, pp. 185-187; Katz, 1999, t. I, p. 418; Alessio, 1985, p. 154; Valadés, 1985, t. 4, pp. 14-15; Taracena, 2008, pp. 482-488; Womack, 1980, p. 199). En lo que también estuvo de acuerdo fue en enviar a Cabral a asumir los cargos de gobernador y comandante militar de Sonora.

Ese domingo 13 de septiembre Carranza citó a muchos jefes constitucionalistas a un banquete en el casino del Castillo de Chapultepec, previo a los festejos de la Independencia. Entre esos jefes estaba Obregón, por supuesto, pero también el coronel Calles, quien había dejado a Benjamín Hill a cargo de las fuerzas constitucionalistas de Sonora. Seguramente habría tenido tiempo de hablar con Obregón sobre la situación de entonces y en la comida pudo escuchar a un emocionado hasta las lágrimas (literalmente) Carranza, que habló de asegurar el triunfo, de asegurar “los derechos del pueblo y la vida de nuestras instituciones”. Por la noche siguieron los festejos, pues se ofreció una fiesta a Obregón en la residencia que ocupaba, la de los Braniff, en Paseo de la Reforma, con la asistencia de Carranza. Terminada ésta, Obregón salió de nuevo a Chihuahua (Taracena, 2008, pp. 483-489; Alessio, 1985, pp. 154-155; Robinson, 1933, pp. 11-14).

No es claro por qué Obregón decidió volver a Chihuahua en estas fechas. Más tarde escribió que estaba seguro de que la guerra contra Villa “era inevitable”, pero que el viaje le permitiría afianzar sus relaciones con algunos de sus jefes y posiblemente restarle así algunos “buenos elementos”. Su misión no sólo consistió en arreglar el asunto de Sonora, sino sobre todo lograr que Villa accediera a asistir a la próxima junta convocada por Carranza. Las probabilidades de lograrlo eran muy pocas y tanto Obregón como sus cercanos eran muy conscientes de que se jugaban la vida, pues sabían de la enorme desconfianza de Villa. Era un riesgo muy grande, pero en caso

de lograr un acuerdo, sin duda una especie de equipo Obregón-Villa sería definitivo en la marcha de esa reunión de revolucionarios (Obregón, 1973, pp. 199-200; Robinson, 1933, p. 12-15; Katz, 1999, t. I, p. 419). A la distancia, sin embargo, parece que en esa ocasión el instinto de Obregón falló, pues el viaje casi le cuesta la vida. La entrevista no produjo ningún acuerdo nuevo y sí agregó elementos a la tensión y los rencores existentes.

7. LA CONVENCION Y LA DERROTA DE MAYTORENA

Mientras Obregón y sus acompañantes pasaban días angustiosos en Chihuahua, los acontecimientos en Sonora se precipitaron. Por un lado Maytorena había avanzado con sus fuerzas a Nogales, donde resistió y derrotó al entonces mayor Arnulfo R. Gómez y tomó a continuación la ofensiva contra las fuerzas constitucionalistas. Por su parte, Hill, aunque tuvo que abandonar Cananea, mantuvo su decisión de permanecer en Sonora y se atrincheró en Naco, a pesar de los muchos requerimientos de Villa para hacerlo salir y de un mensaje que obligó a suscribir a Obregón en ese sentido. Cuando Cabral llegó a Nogales para pedirle a Maytorena la entrega de la gubernatura, éste simplemente lo ignoró, pues sólo llevaba una escolta de 200 hombres (Macías, 1995, p. 182; Rivera, 1969, pp. 422-423; Sánchez, 1981, t. II, pp. 40-41).

Así las cosas, el 22 de septiembre Maytorena publicó un manifiesto en el que secundó a Villa en su desconocimiento de Carranza. Justificaba tal acto en el incumplimiento del Plan de Guadalupe, en su propósito de “perpetuarse en el poder” bajo la teoría de que “las situaciones revolucionarias no son situaciones constitucionales”, en su “falta de respeto a los Gobiernos de los Estados legítimamente constituidos”, en las “franquicias ilimitadas a sus aduladores” y en su resistencia a “realizar las reformas agrarias que satisfagan las necesidades del pueblo”. Por su parte Hill, en su calidad de jefe constitucionalista del

estado, respondió con otro manifiesto, ya que se veía “obligado a esclarecer” la situación de Sonora. La verdad, decía, era que el Congreso de Sonora, en nombre del pueblo, había decretado la adhesión y reconocimiento del Plan de Guadalupe, mismo que de manera personal había derogado el ex gobernador. Con ello, igual que Huerta, había dado un cuartelazo a la Constitución y era su deber impedirlo. Por lo que tocaba a Villa, éste había extraviado “completamente el camino del honor, juzgando, como Orozco, que “la patria debe ser un inmenso cuartel que él debe mandar, porque sus consejeros le han hecho sentir el vértigo de la altura”. Llamaba por ello a los ciudadanos que quisieran sentir el “orgullo” de defender “nuestras ansias revolucionarias” a sumarse a sus filas y ofrecía la amnistía para los que decidieran dejar atrás sus “pasados extravíos” políticos. Por su parte Cabral, justamente desilusionado por el papel que se le había dado en este asunto, desde El Paso escribió a Carranza que le repugnaba “ver al país envuelto en la lucha que ya se inicia”, de modo que resolvió no tener ninguna participación en la misma (Almada, 1971, pp. 147-150).

Pocos días después Calles regresó a Naco con una moral política “renovada”, nos dice un biógrafo. Tal vez fuera así, aunque en todo ese tiempo Calles no había dado muestras de flaqueza, a pesar de que muchas veces se encontró en una situación desventajosa. Lo cierto es que de inmediato se puso a trabajar febrilmente con Hill para soportar el célebre sitio de Naco, de poco más de tres meses, en el que se concentró todo el odio acumulado entre estos bandos políticos. Ahí se dedicó a aguantar los duros embates de Maytorena, a hacer propaganda constitucionalista y a dejar que el fracaso minara lentamente las filas del enemigo, mientras la suerte de la revolución se decidía primero en la Convención, luego en el enfrentamiento entre Villa y Obregón. Por lo pronto fue promovido a general Brigadier el 18 de octubre de 1914 (Macías, 1995, pp. 182-186. Puente, 1994, pp. 54-56; Sánchez, 1980, t. I, p. 103; Mumme, 1979, p. 164).

La junta de generales convocada el 4 de septiembre por Carranza y su continuación en Aguascalientes con el nombre de Convención fue el primer gran ejercicio político de los revolucionarios. Aunque en la convocatoria de Carranza se le concibió como un foro para acordar reformas sociales, el programa del nuevo gobierno y el proceso de retorno al orden constitucional, los esfuerzos de un amplio grupo de generales pacificadores lo convirtieron en una junta de generales (o sus representantes) que incluyó a villistas y zapatistas en la ciudad neutral de Aguascalientes. De hecho, a cada día que pasaba, era más claro que incluso los colaboradores cercanos de Carranza estaban de acuerdo en sacrificarlo para lograr sus metas. Durante las sesiones de la ciudad de México lograron excluir de la junta a los civiles carrancistas, pero Carranza fue ratificado en sus funciones de encargado del poder ejecutivo, si bien éste no se comprometió abiertamente con la Convención a realizarse en Aguascalientes. De hecho, no envió representante a la misma (Amaya, 1975, pp. 58-66).

Así, en un clima festivo y fraternal, los generales y sus representantes, sus numerosas escoltas, periodistas y curiosos, abarrotaron en octubre a la provinciana Aguascalientes. En el teatro Morelos se encontraron desde el día 10 de octubre personajes que se veían por vez primera, aunque a muchos precedía su leyenda. Ahí, la actitud independiente de los impulsores de la Convención fue reforzada de inmediato por los delegados villistas, quienes a esas alturas no debían lealtad alguna a Carranza, de modo que el día 14 la Junta se constituyó en Convención y se declaró soberana.⁹ Era el primer paso serio para quitar el poder al Primer Jefe, pero el resultado dependía del número de

⁹ Vale la pena señalar que ello le valió una severa reprimenda a Julio Madero. Benjamín Hill, desde Naco, le escribió el 19 de octubre para recordarle que lo había nombrado su representante para que ayudara a “zanjar las dificultades existentes y no para erigirse soberana de nadie ni de nada y menos para desconocer la autoridad del primer jefe”.

delegados, de habilidades demagógicas y, sobre todo, de alianzas y trabajo de equipo. Poco a poco fue evidente que los villistas y zapatistas superaban en ambos renglones a los carrancistas y a los independientes, de manera que fueron imponiendo sus decisiones, pero con el resultado de que los otros fueran uniéndose contra ellos. Aunque la Convención destituyó a Carranza y Villa de sus cargos, decretó el cese de las hostilidades en todos los frentes y nombró presidente provisional a Eulalio Gutiérrez, nunca pudo convertirse en gobierno, es decir, lograr que sus mandatos fueran obedecidos. Villa no hizo caso de lo que le correspondía, Carranza tampoco, ni las fuerzas de Zapata, ni las de Maytorena, ni las de Hill. Más bien, a medida que pasaban los días, a todo mundo quedaba claro que no se había logrado el objetivo de unificar a los revolucionarios y había que prepararse para la guerra. Los delegados simplemente comenzaron a abandonar Aguascalientes los primeros días de noviembre y retomaron sus lealtades previas; muy pocos, a raíz de la experiencia de la convención, las cambiaron. Como dice Cumberland, en ese momento las lealtades “eran para individuos, no para conceptos”. Y si había que elegir, muchos hubieran aprobado lo que Obregón dijo a Gutiérrez el 11 de noviembre: “no seré yo quien abandone al señor Carranza para apoyar a un hombre como Villa” (Cumberland, 1980, p. 164; Obregón, 1973, p. 224).

Para el conflicto de Sonora la Convención no fue decisiva. Ciertamente logró que Carranza y Maytorena liberaran a sus respectivos presos políticos y Ramón V. Sosa consiguió un armisticio el 22 de octubre entre Maytorena e Hill, pero sólo para que se rompiera entre el 8 y el 9 de noviembre. Luego la Convención nombró a Cabral comandante militar del estado en enero de 1915, a donde éste acudió con mil hombres de la división de Lucio Blanco. Sin embargo, Maytorena una vez más se negó a entregarle el mando y sus soldados comenzaron a abandonarlo. Desencantado, Cabral se fue a los Estados Unidos otra vez, ahora sí de manera definitiva (Almada, 1971, pp. 156-172; Macías,

1995, p. 186). De cualquier modo, el resultado del conflicto no dependió de la interminable lucha local, sino de la que enfrentó a los ejércitos villistas con el ejército comandado por Obregón. Los triunfos de éste en el Bajío empujaron a Villa hacia el norte y en un intento desesperado por recomponer sus fuerzas decidió pasar a Sonora para unir las con las de Maytorena. El resultado fue un nuevo desastre para sus desmoralizadas tropas, pues Obregón envió como apoyo tropas al mando de varios generales que habían salido de Sonora, como Diéguez, Serrano, Manzo y Eugenio Martínez. Así se cerró el ciclo de la lucha por el control de Sonora, con un Calles que dió muestras incluso de humor. Al informar de la persecución de los villistas después de su derrota en Fronteras, escribió: “no fue posible dar alcance al enemigo, pues éste no se detiene ni para dormir” (Obregón, 1973, p. 470).

Maytorena, cuando quedó claro que ya no había nada que hacer, dejó el gobierno en manos del tesorero Carlos E. Randall el 3 de octubre de 1915 y se fue a los Estados Unidos, sin esperar la llegada de Villa. A fines de noviembre, cuando Lázaro Cárdenas ocupó Nogales, Randall, el general Acosta y otros funcionarios también cruzaron la frontera y “se entregaron a las autoridades americanas”. Finalmente, los generales que lo habían sostenido en tan larga lucha: Urbalejo, Trujillo y Méndez, se rindieron en diciembre de 1915 (Rivera, 1969, p.469-471; Almada, 1971, p.186-187; Alarcón, 2008, p. 341).

Un poco antes, el 4 de agosto, Carranza había designado a Calles como gobernador y comandante militar de Sonora. Y aunque de inmediato comenzó una intensa actividad legislativa, fue hasta diciembre de 1916 que pudo establecerse en Hermosillo y ejercer el poder que tan tenazmente había perseguido.

CONCLUSIONES

La lucha por el liderazgo revolucionario en Sonora durante los años de lucha armada fue algo más compleja que en otras

entidades, pues no sólo estuvo en juego el derecho a mandar en el estado, sino que los principales actores políticos se vieron involucrados en alianzas, conflictos y decisiones de orden nacional, a partir del enorme peso militar y político que tuvieron en el campo constitucionalista. Tal vez por ello ha sido fácil ceder a la tentación teleológica derivada del conocimiento de lo que ocurrió en los años veinte, que propicia a ver sus éxitos como logros perseguidos conscientemente por un grupo más o menos unido de estos revolucionarios. Lo que hemos visto es que cada uno de esos actores y grupos buscaban en el incierto y cambiante escenario, maximizar sus oportunidades de ascenso y cuando fue necesario proteger sus ganancias. Por eso la lucha fue tan enconada y obligó a forjar alianzas con otros jugadores, aunque éstas no siempre fueron duraderas ni estuvieron ideológicamente determinadas.

Al terminar la lucha armada, estos aspirantes a formar parte de la clase gobernante, estaban dispersos política e incluso espacialmente. Aquellos que habían apostado por Maytorena y Villa, como Juan Cabral, Pedro Bracamonte, Ramón V. Sosa y Fructuoso Méndez, tuvieron que salir al exilio y quedaron por el momento fuera del campo de la política. Y los que habían quedado dentro, estaban, en realidad, divididos en diversos grupos o alianzas. Salvador Alvarado, por ejemplo, estaba haciendo la revolución en Yucatán, Manuel M. Diéguez establecía su base de poder en Jalisco, y gente como Ignacio L. Pesqueira, Roberto V. Pesqueira, Ignacio Bonillas, Salvador Alvarado, Carlos Plank, Cosme Hinojosa y Gilberto Valenzuela colaboraban con Venustiano Carranza. Hasta Adolfo de la Huerta parecía en ese momento más cercano a Carranza que a Obregón, por ejemplo. Otros, como Arnulfo R. Gómez, Miguel Piña, Jesús M. Aguirre, Cesáreo Soriano eran parte del grupo que había comandado Calles en su lucha contra Maytorena. Y finalmente, la gran mayoría de los que tuvieron algún vínculo de lealtad con Obregón: Hill, Diéguez, Serrano, Manzo, Eugenio

Martínez, los hermanos Talamante, Aarón Sáenz y un largo etcétera, estaban repartidos en distintas unidades del muy crecido ejército revolucionario.

Esta dispersión impide hablar hasta ese momento de un bloque o grupo sonorense homogéneo y unificado. Más aún, su futuro político no estaba garantizado con el retorno al orden constitucional y las nuevas reglas del juego, es decir, la separación de los ámbitos militar y político, la restauración de poder legislativo y la necesidad de ganar muchos de los puestos de gobierno mediante elecciones. Incluso el que algunos de esos puestos requirieran un cierto nivel de especialización, limitaba de entrada las posibilidades de ocuparlos. Esto ya se había manifestado en el mismo congreso constituyente de fines de 1916. Entre los cuatro diputados por Sonora (Monzón, Bórquez, Bojórquez y Ross) no había ningún jefe militar importante. Y aunque el ex gobernador Ignacio L. Pesqueira también fue constituyente, representó al Distrito Federal, seguramente con el respaldo de Carranza. Además, era militar sólo de nombre. Otro civil sonorense, Alberto Peralta, que justamente había colaborado estos años con Pesqueira, también fue electo por un distrito de Michoacán.

En el caso de Sonora, las elecciones para presidentes municipales, diputados locales y gobernador que tuvieron lugar entre 1916 y 1918 fueron sumamente competitivas, pero sobre todo, mostraron varios rasgos importantes de la manera en que se estaba reconstituyendo el campo político estatal. En primer lugar, hubo una gran cantidad de acusaciones y peticiones de nulidad en elecciones municipales en las que se argumentó que los vencedores eran enemigos del constitucionalismo. Incluso, entre los diputados locales, hubo uno, Félix González, de Guaymas, al que se le invalidó su triunfo, aunque las pruebas de que había simpatizado con el régimen huertista no eran concluyentes (Almada, 2001, pp. 331; De la Cruz, 2012, pp. 127). Esto es notable, dado que en las convocatorias respectivas se

había cuidado de excluir de la competencia electoral justamente a los enemigos de la causa constitucionalista. Como señalan Almada y Medina, tal vez quepa dudar del apoyo masivo de la población para los revolucionarios triunfantes (Almada, 2001, p. 334). Pero también deberíamos dudar de la unidad entre los mismos constitucionalistas o incluso de su capacidad para cubrir esos cargos. Sospecho que no sólo tuvieron que recurrir a tibios simpatizantes de la causa, sino que en realidad en muchas regiones los antiguos grupos de poder centrados en los notables locales comenzaron a reaparecer y trataron de recuperar los puestos.

En segundo lugar, los jefes revolucionarios, a diferencia de lo que ocurrió en 1911, no mostraron interés en competir por los puestos de presidente municipal y diputado local. De los 15 diputados locales electos en 1917, que entre sus encargos tenían el de discutir la nueva constitución del estado, ninguno había jugado un papel relevante en los años revolucionarios. Y al menos en los casos de Hermosillo, Guaymas, Huatabampo y Álamos, los líderes revolucionarios tampoco figuraron en la disputa por las presidencias municipales. Creo que esto habla de cuánto habían crecido las ambiciones de que hablaba Valadés. Ya no pensaban en términos parroquiales, sino estatales y nacionales.

Esto se manifestó también en la disputa entre Calles y José J. Obregón por la gubernatura del estado. Aunque hay consenso en que Álvaro Obregón - quien para entonces ya había renunciado al cargo de secretario de guerra de Carranza y estaba dedicado a sus negocios en Huatabampo- no buscó influir en las elecciones, parece claro que sus partidarios apoyaron a su hermano, mientras que De la Huerta (gobernador en ese momento) y otros revolucionarios apoyaron a Calles. Las elecciones estuvieron llenas de descalificaciones, protestas, actos de violencia e intimidación y arrojaron un triunfo claro de Calles, por 24,373 votos contra 7,185 de Obregón. Sin embargo, también fue claro

que su triunfo se basó en los distritos del norte, mientras que Obregón ganó en varios distritos del sur (Guaymas, Álamos, Quiriego). Aquí también parecían volver a expresarse lealtades de viejo cuño, más bien regionales y familiares, o tal vez, como sugiere Almada, tradiciones “cívico-liberales”, contra el populismo autoritario representado por Calles. Éste ya había dado muestras de su proyecto con la andanada de decretos de 1915-1916, entre los cuales estuvieron el de la prohibición del alcohol y la expulsión de sacerdotes católicos. Ambos no ayudaron mucho a mejorar su imagen antes amplios sectores de la población (Almada, 2009, pp. 134; Buchenau, 2007, p. 59).

En tercer lugar, a la hora de gobernar, Calles y De La Huerta descubrieron que les faltaba personal para hacerlo. Por ello, explicó De la Huerta, antes que reclutar “sonorenses enemigos de la Revolución”, decidieron traer “correligionarios” de otras partes, con lo que, de paso, habían tratado de aminorar “el localismo exagerado” del estado (De La Huerta, 1917, p. 6). Entre los que llegaron a hacerse cargo del Tribunal de Justicia, estaba, por ejemplo, Emilio Portes Gil, y el mismo Secretario de Gobierno, Enrique Moreno, era un abogado de Sinaloa.¹⁰

En todo caso, creo haber mostrado que los sonorenses triunfadores de la revolución, hacia 1916, no constituyeron un grupo unificado. Tuvieron trayectorias diversas, fueron parte de equipos transitorios e hicieron alianzas coyunturales. En el camino habían quedado muchos maderistas, villistas y maytorenistas, y quienes lograron sobrevivir tuvieron que luchar por defender sus posiciones, incluso en contra de otros sonorenses. El momento posrevolucionario los ubicó de nuevo a ser hombres de orden y respetuosos de la ley, pero ahora tenían abierto el futuro y podían elegir entre varios posibles campos de acción: el ejército, el gobierno federal, la política local o los negocios.

¹⁰ Esto no era nuevo. El propio Maytorena había llamado a colaborar en su gobierno a gente de la ciudad de México y antes aun, el gobernador Carlos Ortiz había importado abogados en 1881-1882.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Aguilar Camín, Héctor, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1981.
- Aguirre Benavides, Luis, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa. Memorias de un revolucionario*, México, s. e., 1966.
- Alarcón Menchaca, Laura, *José María Maytorena. Una biografía política*, Zapopan, Jal., El Colegio de Jalisco/ El Colegio de Sonora/ Universidad Iberoamericana, 2008.
- Alessio Robles, Miguel, *Historia política de la revolución*, México, INEHRM, 1985.
- _____, *Memorias, Tomo I, Mi generación y mi época*, México, INEHRM / Gobierno del Estado de Coahuila, 2010.
- Almada, Pedro, *Mis memorias de revolucionario*, México, s. e., 1928.
- Almada, Francisco R., *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 2009.
- _____, *La revolución en el estado de Sonora*, México, INEHRM, 1971.
- Almada Bay, Ignacio, “De chusmas, jetas y cabecillas: Indios desenfrenados y una coalición en fragmentación. Notas sobre las bases sociales del maytorenismo, 1913-1920, en Ignacio Almada y José Marcos Medina (comps.) *De los márgenes al centro. Sonora en la independencia y la revolución: cambios y continuidades*, Hermosillo: El Colegio de Sonora, Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora, 2010, 277-314.
- _____, “De regidores porfiristas a presidentes de la república en el periodo revolucionario. Explorando el ascenso y la caída del *sonorismo*”, *Historia Mexicana*, Vol. LX, No. 238, 2010, pp. 729-789.
- _____, “La patria chica antes que la justicia. Indagación sobre el papel del estado de Sonora en la lucha contra el gobierno de Huerta”, en Zulema Trejo y José Marcos Medina (coords.), *Historia, región y frontera: perspectivas teóricas y estudios*

- aplicados*, Hermosillo, El Colegio de Sonora, 2009, pp. 335-377.
- _____. *La conexión Yocupicio. Soberanía estatal y tradición cívico-liberal en Sonora, 1913-1939*, México, El Colegio de México, 2009.
- Almada Bay, Ignacio y José M. Medina Bustos, *Historia panorámica del Congreso del Estado de Sonora, 1825-2000*, México, Cal y arena, 2001.
- Altamirano Graziella y Guadalupe Villa (comps.), *La revolución mexicana. Textos de su historia, Tomo III, Acción revolucionaria*, México, SEP/Instituto Mora, 1985.
- Amaya C., Luis Fernando, *La soberana convención revolucionaria 1914-1916*, México, Trillas, 1975.
- Barrón, Luis, *Carranza. El último reformista porfiriano*, México, Tusquets, 2009.
- Bobbio, Norberto, “élites, teoría de las”, en Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (coords.), *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1998, pp. 519-527.
- Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- Breceda, Alfredo, *México revolucionario*, 2 tomos, México, INEHRM, 1985.
- Buchenau, Jurgen, *Plutarco Elías Calles and the Mexican Revolution*, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield Publishers, Inc., 2007.
- Carr, Barry, “Las peculiaridades del norte mexicano, 1880-1927: ensayo de interpretación”, en *Historia Mexicana*, Vol. XXII, No. 3, 1973.
- Cruz, Roberto, *Roberto Cruz en la Revolución Mexicana*, México, Diana, 1976.
- Cumberland, Charles C., *La revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, FCE, 1980.
- Deeds, Susan M., “José María Maytorena and the Mexican Revolution in Sonora (Part I)”, *Arizona and the West*, Vol. 18, No. 1, 1976, pp. 21-40.

- _____. “José María Maytorena and the Mexican Revolution in Sonora (Part II)”, *Arizona and the West*, Vol. 18, No. 2, 1976, pp. 125-148.
- De la Cruz, Eduardo Marcos, *Conciliación y discordia en la Sonora revolucionaria. Un estudio histórico sobre elecciones “no competitivas” al gobierno local, 1917-1940*, Hermosillo, El Colegio de Sonora, 2012.
- De la Huerta, Adolfo, *Informe que rinde al H. Congreso del Estado*, Hermosillo, Imprenta del Gobierno del Estado, 1917.
- Escobosa, Gilberto, *Crónicas sonorenses*, Hermosillo, La voz de Sonora, 1999.
- Galaz, Fernando A., *Dejaron huella en el Hermosillo de ayer y hoy*, México, s. e., 1971.
- Giese, Anna Mae, *The Sonoran Triumvirate: Preview in Sonora: -1920*, PhD Thesis, University of Florida, 1975.
- Goffman, Erving, *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- Hall, Linda B., Álvaro Obregón. Poder y revolución en México 1911-1920, México, FCE, 1985.
- Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México*, 2 tomos, México, Era, 1999.
- _____. *Pancho Villa*, 2 tomos, México, Era, 1998.
- Knight, Alan, *La Revolución Mexicana. Del porfiriato al nuevo orden constitucional*, 2 tomos, México, Grijalbo, 1996.
- Macías Richards, Carlos, *Vida y temperamento. Plutarco Elías Calles, 1877-1920*, México, FCE, 1995.
- Maytorena, José María, *Informe del Gobernador de Sonora sobre el golpe de estado de febrero de 1913 y hechos posteriores*, Hermosillo, Imprenta del Gobierno de Sonora, 1914.
- Mumme, Stephen P., “The Battle of Naco. Factionalism and Conflict in Sonora 1914-1915”, *Arizona and the West*, vol. 21, no. 2, 1979, pp. 157-186.
- Meyer, Jean, *La Cristiada*, tomo 2, *El conflicto entre la Iglesia y el estado 1926-1929*, México, Siglo XXI, 2007.

- Meyer, Lorenzo, Rafel Segovia y Alejandra Lajous, *Historia de la Revolución Mexicana, 1928-1934. Los inicios de la institucionalización*, México, El Colegio de México, 1995.
- Obregón, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, FCE, 1973.
- Puente, Ramón, *Hombres de la revolución: Calles*, México, FCE, 1994.
- Radding, Cynthia (coord.), *Sonora Moderna: 1880-1929*, tomo IV de *Historia General de Sonora*, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora, 1997.
- Ramírez Plancarte, Francisco, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, México, Impresores Unidos, 1940.
- Rivera, Antonio G., *La revolución en Sonora*, México, ed. del autor, 1969.
- Robinson, Carlos T., *Hombres y cosas de la revolución*, Hermosillo, Imprenta Cruz Gálvez, 1933.
- Romero, José Rubén, *Historia del Congreso Constituyente*, México, 1985.
- Sánchez Lamego, Miguel A., *Generales de la revolución (Biografías)*, tomo I, México, INEHRM, 1980.
- _____, *Generales de la revolución (Biografías)*, tomo II, México, INEHRM, 1981.
- Skockpol, Theda, *Los estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México, FCE, 1984.
- Smith, Peter H., *Los laberintos del poder. El reclutamiento de las élites políticas en México, 1900-1971*, México, El Colegio de México, 1981.
- Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1912-1914)*, México, Porrúa, 2008.
- Tobler, Hans Werner, *La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, México, Alianza Editorial, 1994.

- Valadés, José C., *Historia general de la Revolución Mexicana*, 10 tomos, México, SEP / Gernika, 1985.
- Villa, Eduardo W., *Galería de sonorenses ilustres*, Hermosillo, Impulsora de Artes Gráficas, 1948.
- Voss, Stuart F., *On the Periphery of Nineteenth-Century México. Sonora and Sinaloa 1810-1877*, Tucson, University of Arizona Press, 1982.
- Womack Jr., John, *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1980.